

AULA: un nacimiento con historia

“El aula está en el piso alto, y es un recinto de color aceituna, con un ventanal en la ochava que da sobre la intersección de dos callecitas arrabaleras. Vueltos hacia luz del ventanal se alinean los pupitres unánimes. A la derecha se alza un armario en cuya cima, y propuesto al universal asombro, yace un planetario de cartón...” (Leopoldo Marechal, Adán Buenosayres, en Pineau,2005).

Aunque nos parezca "natural" lo que hoy conocemos como **aula** no existió siempre. Por el contrario, se trata de una construcción social e histórica que fue cambiando tanto en sus aspectos materiales (organización del espacio, mobiliario, utillaje pedagógico) como en sus prácticas (qué se enseña, cómo, quién habla, dónde se ubica, cuál es el flujo de las comunicaciones).

En el idioma castellano, el uso de la palabra aula era común en la enseñanza universitaria durante el medioevo y significaba “estancia donde el catedrático enseña a los estudiantes la facultad que profesa”. No era común su uso para referirse al espacio en el que tenía lugar la enseñanza "elemental" la que podía impartirse en la casa del maestro, en salas provistas por el municipio, por la iglesia, por un gremio, etcétera. La mayor parte de las veces los niños se educaban bajo la tutela de un maestro que apenas sabía leer y escribir, en contacto individual con el alumno y sin estar éstos divididos por edades.

El aula de la escuela elemental, tal como la conocemos, surgió en medio de procesos políticos, sociales y económicos por los que atravesó el Occidente europeo. Los primeros elementos que la caracterizaron pueden encontrarse en los monasterios medievales -espacio separado de lo mundano, control del tiempo, peso de lo moral- pero es con la Modernidad cuando comenzó su despegue hasta llegar a ser, en el siglo XX, la forma educativa hegemónica en todo el globo.

La Modernidad marcó el comienzo de una nueva cosmovisión. Junto con una creciente urbanización, una estructuración territorial de los Estados, el mayor poder de las monarquías, la aparición de nuevos saberes llamados científicos y la división de la religión católica en confesiones, comenzó a configurarse un nuevo espacio educativo: el aula.

La Reforma protestante iniciada con la demanda de Martín Lutero (1483-1546) se centró en el reclamo de nuevas formas de autoridad religiosa. Lutero reaccionó a la venta de indulgencias para el perdón de los pecados, frente a esto consideraba inútil la confesión puesto que lo importante no era la absolución de los pecados sino no pecar. La autoridad de la Iglesia exterior se reemplazó por la conciencia interior. El hecho de que muchas personas no pudieran leer la Biblia era una dificultad para que se acercaran a la religión. Por esa razón Lutero en sus prédicas promovió el acceso de todos a las lecturas. La traducción de la Biblia a la lengua vulgar, la enseñanza de la lectura en esa lengua, la imprenta para la reproducción masiva de libros son algunas características que distinguieron a los reformadores. Entre otras opciones destinadas a desarrollar masivamente lectores se apuntó a la creación de una nueva institución: la escuela elemental. Otro gran cambio introducido fue el mayor interés por la educación de la mujer con el fin de que tuviera las bases para educar a sus hijos, lo que produjo un aumento notable en el índice de su alfabetización.

Paralelamente los católicos prepararon estrategias para contrarrestar la reforma protestante. Uno de esos canales fue la educación, con especial atención a la educación de las elites y los futuros funcionarios del Estado. Entre otras órdenes religiosas se destacaron los jesuitas quienes pusieron sus esfuerzos en la educación de la juventud.

El método aplicado en sus colegios se distinguió por mantener la disciplina mediante la vigilancia y la emulación haciendo que los alumnos mantuvieran una continua competencia. La clase estaba dividida en dos campos: romanos y cartagineses y cada campo en decurias (grupos de 10 alumnos) dirigidos por un decurión (alumno meritorio) El aula entendida como una sociedad organizada y cada alumno como un funcionario. Cada alumno ayudante (decurión) cumplía una función activa: exigir silencio, recitar lecciones, comprobar ausencias, asegurar deberes, etcétera. La evaluación individual de los aprendizajes consistía en un interrogatorio equivalente, en nuestra cultura pedagógica, a “pasar a dar lección”. El trabajo escolar era un *cuero a cuero* permanente, una tarea sumamente competitiva.

Con la experiencia de La Salle (1651-1719), las escuelas de los Hermanos se volvieron el modelo de una escuela elemental, reservada a los niños del pueblo dando privilegio a la lengua vulgar (el francés) y a la enseñanza de la lectura, la escritura y el cálculo.

En este modelo, la escolarización elemental se alargó y la mirada del maestro llegó a cada uno de los alumnos, precisa, penetrante y centralizada como el sol que irradia sus rayos. El niño debía ser captado en su atención tanto como grupo como individualmente y de esta manera se maximizó la relación entre un maestro y sus alumnos. “El mérito de La Salle fue percibir que el “pastorado” necesitaba el momento colectivo tanto como el individual. A diferencia de Comenio (siglo XVII), que descuidaba el aspecto de control individualizador por parte del maestro y lo delegaba en los decuriones”¹ (alumnos ayudantes).

¹ Dussel y Caruso, 1999:75